

“Condecoran “Orden José Matías Delgado, Grado Gran Cruz Plaza de Oro”, a los Sacerdotes Jesuitas

16 de Noviembre de 2009

Primero, quiero pedir disculpas públicas, por la ausencia de mi esposa, primera dama de la república y secretaria de inclusión social, pero se encuentra asistiendo a la cumbre internacional sobre seguridad alimentaria, que ha convocado la FAO, en la ciudad de Roma, precisamente, en representación mía. Y hago mención de esto, porque fue ella, una de las gestoras y quien más trabajó, para que el homenaje que hoy realizamos, se llevara a cabo.

Hoy, veinte años después, de su cruel asesinato, poner, en las manos de los familiares y compañeros, de Ignacio Ellacuría, Segundo Montes, Ignacio Martín Baró, Amando López, Juan Ramón Moreno y Joaquín López, el mayor reconocimiento que concede este país, como es la orden José Matías Delgado, significa para mí, retirar un velo espeso de oscuridad y mentiras, para dejar entrar, la luz de la justicia y la verdad. Significa levantar la alfombra polvosa de la hipocresía y empezar a limpiar la casa de nuestra historia reciente. Porque no es posible entender nuestro país y conocernos como comunidad, si no conocemos el pasado común, y nuestros mártires, sus dolores y alegrías; sus luchas encarnizadas y sobre todo, en este caso, su aporte extraordinario al país. Si algo demostraron estos hombres, con su muerte, es que la historia no la escriben unos pocos iluminados, ni tampoco aquellos, que empuñan las armas más poderosas.

La historia, esa que se escribe con mayúscula, la escriben los pueblos y para hacerlo, necesitan de la memoria. Por eso queremos que este sea un acto de recuperación de la memoria colectiva, un reconocimiento a la labor de aquellos, que siempre estuvieron de lado de los derechos humanos, de la democracia, de la búsqueda incansable de la justicia, de los pobres, de la construcción de la verdad y de la paz, porque es con su ejemplo, con el que queremos construir, un país nuevo. Probablemente algunos dirán, que este es un homenaje tardío y en el fondo, les asiste la razón, pero les aseguro que también es realizado con el corazón y desde el convencimiento profundo, de que, ayudará a sanar heridas, que llevan, demasiado tiempo abiertas.

No me corresponde a mí, ni a este gobierno, respetuoso de la institucionalidad, juzgar a quienes asesinaron a los padres jesuitas y sus dos colaboradoras; esa es tarea de los tribunales de justicia y de instituciones, como el ministerio público, que tiene por mandato constitucional, el monopolio de la acción penal. La función de un gobierno, como el que presido, que tiene como objetivo, la unidad de todas y todos, y los valores supremos de la paz y la justicia, es contribuir, a crear el clima de entendimiento y de verdad, que permite dejar atrás un pasado de tragedia y dolor, para comenzar a construir una paz justa, segura e inclusiva.

Por ello quiero destacar, que los hermanos salvadoreños a los que hoy rendimos homenaje, dieron su vida para que el salvador saliera del círculo infernal, del odio que engendra muerte y entrara en el camino de la reconciliación. Hasta el último momento, el padre Ignacio Ellacuría y sus compañeros, lucharon por una salida negociada al conflicto, que en esos días, más que nunca, enfrentaba, a hermanos con hermanas. Todos ellos fueron fieles a la palabra de monseñor Oscar Arnulfo Romero, fueron amantes de la paz y la justicia, promotores de la unión de la familia salvadoreña. Su condena decidida a la violencia, que paradójicamente los llevo a la muerte, fue su último sacrificio a este país. Un sacrificio que dio su fruto y contribuyó a que ahora podamos haber comenzado, a construir una paz duradera, motivo por

el cual, merecen nuestro más grande reconocimiento. Martirio del que participan, también, por supuesto, sus dos colaboradoras Elba y Celina Ramos. Dicen que se puede matar al maestro, pero las semillas que dejó en sus discípulos, siguen germinando y multiplicándose, mucho más allá de su muerte.

Hoy, como discípulo que soy de estos maestros, quisiera contribuir a que esa semilla de paz, siga creciendo y a que, ante los retos que nuevas formas de odio y violencia, nos plantean cada día, seamos capaces de estrenar otra mirada, que es, la mirada que nos enseñaron, estos sacerdotes mártires, que hoy modestamente homenajeamos. Una mirada de unidad, de reconciliación y de respeto, por la dignidad de las víctimas del pasado conflicto, que solo se puede crear con la verdad. Una mirada basada en el conocimiento y la aceptación del pasado, que nos permita construir, de una vez por todas, un futuro, sobre bases sólidas y ciertas, en el entendido, que este pasado, no volverá a repetirse.

Quisiera animar a todos y cada uno de los salvadoreños y salvadoreñas que me escuchan, a transitar desde hoy, un nuevo camino, que saque definitivamente, la violencia de nuestros corazones. Porque el día en que empecemos a ver en cada salvadoreño, un hermano, un amigo, alguien con quien trabajar para construir, alguien con quien compartir, crear y soñar, para edificar, ese día, estaremos haciendo un verdadero homenaje a los padres jesuitas, y al sueño, por el que hasta lucharon, hasta el último momento de sus vidas. Estaremos comenzando ese cambio cultural profundo, del que les he venido hablando, ese paso adelante, que nos hará crecer.

Hoy, frente al recuerdo del horror, que embargó a este país, al conocer la muerte de estos maestros, quisiera anteponer sus palabras de esperanza: no hay retroceso, cuando se pone las manos, en el arado del pueblo, nos dijo Ignacio Ellacuría. Y yo les digo: que este gobierno, que es el gobierno de todos y cada uno de los salvadoreños, no va a quitar las manos, de su arado.

En este acto, tan emotivo y profundamente significativo, mi llamado es a la unidad por la que lucharon estos hombres. Mi llamado, es que todos tiremos de ese arado, que es nuestro futuro y que solo nosotros podemos construir, si definitivamente nos asumimos, como hermanas y hermanos.

Espero que la inspiración de los padres jesuitas, me acompañe en mi labor como presidente y que su recuerdo, ahora, oficialmente, y siempre en los corazones del pueblo, continúe guiando a nuestro país, hacia los más altos valores de justicia, verdad y humanidad.

Antes de concluir mis palabras, deseo también, a través de este sencillo, pero justo acto, en el que honramos la memoria de seis sacerdotes jesuitas asesinados, hace veinte años, reconocer también el trabajo de acompañamiento a las víctimas, que en forma humilde y sencilla, pero cariñosa, llevaron a cabo, sus dos colaboradoras, Elba y Celina Ramos.

Gracias a todos.

Que Dios bendiga a El Salvador. Que Dios bendiga al pueblo salvadoreño.

Muchas gracias